

Pedro, raíz de nuestro pueblo, antorcha de la fe

Un día, desconocido aún, de 1499 nacía en la villa de Alcántara, famosa ya por el puente romano y por la Orden militar que adoptó su nombre, un hijo de Alonso Garavito y María Vilela de Sanabria, al que en la pila bautismal de Santa María de Almocóvar dieron el nombre de Juan, trocado por el de fray Pedro de Alcántara (1499-1562) desde que en 1516 profesó la regla de San Francisco en el convento de los Majaretres, cerca de Valencia de Alcántara.

1. EL AÑO JUBILAR ALCANTARINO

Extremadura —a la que, gozando desde el 20 de marzo de 1906 del patrocinio de Santa María de Guadalupe, el papa Juan XXIII concedió, en 1962, el de su hijo más preclaro—, la diócesis de Ávila y las Provincias franciscanas de Castilla, en cuyo convento de Arenas se venera el sepulcro del alcantarino, y la Bética, que conserva el eremitorio de El Palancar por él fundado, celebran desde el 19 de octubre de 1998 al mismo día de 1999 el quinto centenario del nacimiento de este heroico penitente y tenaz reformador. Efemérides honrada por la Sede Apostólica con la gracia de los Jubileos. En año tan singular y acogidos a tal protección, nada hay que justificar, pues, para que los extremeños acudamos al palmo de tierra donde se alzaba la casa solariega de los Garavito-Vilela de Sanabria, convertida en iglesia (1629-1681) para perpetuar la memoria de su vástago más ilustre.

En la mente de quienes propusieron para el Año Jubilar Alcantarino ese lema que reza: «*Pedro, raíz de nuestro pueblo, antorcha de la fe*», estaban superpuestas dos imágenes emblemáticas y entrañables de nuestro bendito fray Pedro: Aquella interior, esculpida y sarmentosa, libada en los yermos paupérrimos, que fijó para siempre la santa de Ávila describiéndolo como *becho de raíces de árboles*; y esa otra, andariega, descalza, siempre peregrina, del profeta que, aunque recogido en los desiertos, trae ascuas encendidas en las entrañas, y ha sido colocado sobre los montes para iluminar y proteger.

Me propongo aquí trazar, sobre ese boceto, la figura ejemplar del fraile de Alcántara, apurando, perfilando, acabando, lo que la Iglesia y la Orden franciscana han guardado de su memoria histórica.

2. FRAY PEDRO, EL DE ADMIRABLE PENITENCIA

Cuando la Iglesia hace memoria de nuestro San Pedro en la sagrada Liturgia, destaca de él, sobre otras virtudes, su *admirable penitencia* y su *altísima contemplación*, que son dos cabos del mismo cordel: la vía dolorosa y la bodega de los amores, los trabajos y su galardón. De la mano de esta lección, dicto yo la mía. He aquí la penitencia.

«Por ser muy en sus principios —cuenta fray Ángel de Badajoz en su Crónica— había muy extraño rigor y aspereza [en la Provincia de Sant Gabriel]. A todo esto se quiso sujetar el Siervo de Dios en tan tierna edad, y en el tiempo que otros caminan a gustar del mundo y sus deleites, él les dio de mano y hollándolos por amor de Jesuchristo crucificado, se abraçó con la cruz de la penitencia tan de veras, que no se contentaría con lo que hacían los demás frayles, y así hacía él nuevas tan particulares y estrañas que pone temor sólo el pensarlas o hablar de ellas, quanto más quererlas y mirar» (Chronica, cap. XXXI, 19vt.º).

La geografía extremeña, de colores ocre y cenicientos, brunas encinas o bermejos alcornoques, que triscan sobre majarros grises, fue donde el de Alcántara, corpulento y mocetón, hundía su raíz en la vida penitente y pobre del evangelio. Pobreza voluntaria, que con la humildad o

minoridad, son los aperos propios de la paradigmática figura del siervo, adoptada desde su Encarnación por nuestro Señor, el varón de dolores.

2.1. Fraile de una rama franciscana de estrecha observancia

Pedro, discípulo del que, «*despojándose de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*» (Flp 2, 7-9), no eligió, para consagrarse al Señor, ni la poderosa Orden de caballería de Alcántara, ni siquiera los frailes observantes del convento de San Bartolomé, de dicha ciudad natal. Por el contrario, cuando a los dieciséis años decide abandonar las cosas seculares, quizá sus estudios de Derecho en Salamanca, y entrar en religión, Juan Garavito de Sanabria prefirió un brote franciscano de estricta observancia, y se sumerge en las estrecheces del eremitorio de los Majarretes, angosto y recoleto. En su decisión de seguir voluntariamente a Cristo pobre y humilde, fue a la zaga de aquel otro lector, sin glosa, del evangelio que, a principios del siglo XIII, en la ciudad de Asís —como escribe en su Testamento— «*nadie le mostraba lo que debía hacer, sino que el mismo Altísimo le reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio*» (Test. 14-15).

2.2. Fraile pobre, penitente y humilde

Ejemplos del radicalismo con que fray Pedro vivió el seguimiento del Cristo pobre y humilde fueron esmaltando los pueblos, ventas, palacios, caminos y ciudades que pisaron sus pies descalzos: Alcántara, Badajoz, Coria, Plasencia, Torrejoncillo, Jerez de los Caballeros, Alburquerque, Pedroso de Acim, Ávila, Arenas... Porque tampoco hizo falta, cuando habitaba los conventos extremeños de la Provincia de San Gabriel, los de la Arrábida portuguesa, o los más castellanos de la Provincia de San José, que las noticias de sus heroicidades escaparan a la discreción de la clausura. Hombre de soledades y caminos, de celda y púlpito, no podía impedir en vida que sus obras corriesen de boca en boca, con admiración clamorosa, y que en su tránsito se multiplicaran. Una muestra, ejemplar y estremecedora, quedó estampada en los códi-

ces de los procesos de beatificación (1615-1616 y 1618) y canonización (1647), así como en los libros de su vida, propagándose hasta nuestros días por boca de predicadores.

Cinco aspectos de esta vida en penitencia destacaron en el alcantarino: los pies descalzos, el hábito corto, la mesa pobre, la cama dura y los conventos chicos.

«Aquí se ve claro —apunta fray Juan de Santa María, otro de sus biógrafos— qué cosa es ser descalzo, pues anda la descalcez eslabonada y hermanada con la renuncia de todo aquello que es hacienda, posesiones, oro, plata y dinero, heredamientos, dominio y señorío de alguna cosa. De suerte que quien dijo descalzo dice un hombre libre y sacudido de todo lo que es dinero, hacienda y bienes temporales, quitado de todo lo que es ambición, señorío y altivez» (Crónica, I, 1615, fols. 27-28).

2.3. Fraile descalzo y de hábito remendado y corto

«Todos los frailes anden descalzos y vestidos de sayal —leemos en las Ordenaciones de la Provincia de San José (1562), aprobadas bajo autoridad e inspiración de San Pedro— cual se hallare en la tierra donde están; y los hábitos no sean más largos que hasta el tobillo, ni más anchos de diez palmos; y las mangas no tengan más de un gema a las bocas, ni más de un palmo y medio a los hombros; y las nesgas no sean más altas de cuanto toquen a las mangas. Los mantillos no sean más largos de cuanto cubran los cabos de los dedos, tendido el brazo sobre el cuerpo y no alzado» (núm.10).

Ante este fraile, liberado de la elegancia de la amplia cogulla monástica y de la sobria vistosidad de la ropa talar, cabe preguntarse: *«¿Qué salisteis a ver al desierto, un hombre vestido de buena prendas? Los que visten con lujo y se dan buena vida están en los palacios de los reyes?» (Lc 7, 24.25-26).*

2.4. Fraile de convento chico, mesa pobre y cama dura

El que así viste y descalza es fraile de convento chico:

«Ordenamos que, conforme a la pobreza que en la Regla prometimos y a la voluntad de nuestro Padre san Francisco [...] y conforme a las decla-

aciones de nuestra Regla hechas por los Sumos Pontífices, en que dicen que en nuestros edificios resplandezca toda pobreza, aspereza y vileza, y que en la grandeza no excedan al tamaño que es menester, conforme a los frailes que ordinariamente han de morar en ellas. Y por esto queremos que ninguna pared de las casas, aunque sean fuertes, sean de cantería labradas, y toda la madera de la casa sea tosca y no labrada a cepillo, salvo la iglesia, coro y sacristía. Y tengan de hueco las casas, sin las pareces de fuera, a lo más de cuarenta a cuarenta y cinco pies, y no tengan más de ocho celdas, iglesia y sacristía, uno o dos altares, coro con sus sillas, enfermería alta y baja, hospedería de seglares, portería, tránsito para la buenta, claustro alta y baja, si fuere de cuatro cuartos; y no sea lo claro de la claustro más de ocho pies, lo demás se dé a los paños por donde han de andar» (Ordenaciones 1562, núm. 18).

Es fraile de mesa pobre:

«Se ordena que en nuestra provincia no se demande para los frailes sanos carne, pescado, vino ni otra cosa alguna. Salvo cuando faltase pan, que vayan a pedir una vez en la semana o más si algunas veces fuere necesario; y entonces no se demande cosa señalada y recibase lo que se ofreciere. Así entonces como cuando se trajere a la puerta, no se reciban perdices ni gallinas ni otras carnes o pescados preciosos, ni se baga cuesta de alguna cosa, salvo de aceite, legumbre y frutas para un mes o dos [...] Y no se coma los miércoles carne, ni hagan fuerza a ningún fraile sano a que la coma en ningún tiempo si él no la quiere comer, ni grosura ni huevos ni cosa de leche o pescado» (Ordenaciones 1562, núm. 9).

«A ningún fraile que haya menos de cuarenta y cinco años no se le dé vino estando sano, aunque se ofrezca; mas dése a los que pasan de esta edad cuando se ofreciere» (Ordenaciones 1562, núm. 12).

Y fraile de cama dura:

«... Se ordena que todos los frailes duerman sobre una corcha o tabla o estera o pellejo sobre el suelo, salvo en las casas húmedas, que podrán alzar la cama del suelo un palmo, los que quisieren, y los que no la quisieren levantar, no les puedan compeler los prelados a ello» (Ordenaciones 1561, núm. 5).

Pudiera creerse que es mucho apurar para espíritus tan libres las minuciosas ordenaciones que aquí se han leído. Para Pedro y los ascetas

cristianos, no hay mayor libertad que el dominio de sí, que es un don de la vida en el Espíritu, según se lee en la carta a los Gálatas (5, 22). Por lo que mantener a raya los sentidos, o cosas tan necesarias para el cuerpo como el vestido, los alimentos, la dormida... «Ayudan a alcanzar la devoción... —como nos enseña fray Pedro en su *Tratado de Oración y meditación*— que no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar que la vibuela para tañer» (part. II, cap. 2).

Que el asceta legislador había probado en carne propia la eficacia de lo que ordenaba nos lo confirma la santa de Ávila, quien al poco de muerto nuestro fraile, lo recuerda admirada en el *Libro de su vida*:

«Y cuán grande le dio Su Majestad a este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben! Quiero decir algo de ella, que sé es toda verdad.

Díjome a mí y a otra persona [...] paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sólo hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre o de rodillas o en pie. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arrimada a un maderillo que tenía bincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga de cuatro pies y medio.

En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni [cosa] vestida, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para componerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba al cuerpo, para que sosegase con más abrigo.

Comer a tercer día era muy ordinario. Y díjome que de qué me espantaba, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fui testigo.

Su pobreza era extrema y mortificación [...]; mas era ya muy viejo cuando le vine a conocer y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino becho de raíces de árboles. Con toda esta santidad, era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En

éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento» (cap. XXVII, núms. 16-18).

3. FRAY PEDRO, EL DE ALTÍSIMA CONTEMPLACIÓN

La sujeción de los sentidos corporales, que hicieron del asceta alcantarino una figura portentosa y admirable por la penitencia, no fue nunca un fin en sí misma sino una ejercitación liberadora para la más noble ocupación de los descalzos franciscanos, seguidores de la oración quieta y recogida: aparejar una morada agradable para el Señor (cf. *Tratado*, part. I, cap. 11). De este modo, el fraile de la admirable penitencia corre presuroso a parar en la altísima contemplación, término con el que igualmente lo evoca la oración colecta de la misa de su festividad.

3.1. Vivir la vida del Crucificado

El seguimiento de Cristo es tomar la cruz cotidiana y ponerse en camino hacia la Pascua. La vida franciscana que inició fray Pedro en los Majarretes y apuró en Arenas el 18 de octubre de 1562 no se define de otro modo que el seguimiento de las huellas de Cristo pobre y crucificado. Por lo que no hay glorificación posible para un discípulo sino la victoria con que el Padre ha glorificado a su Hijo (cf. Jn 17, 1.4-5). Desde esa clave resulta comprensible la confesión del Apóstol: «Dios me libre de gloriarme sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gál 6, 14-15).

¡Qué bien plasmó en bronce este itinerario alcantarino el escultor extremeño Enrique Pérez Comendador para la cacereña plaza de Santa María, repitiéndolo en madera para el altar, recoleto y breve, de El Palancar! Esas manos que, como raíces de árboles, se abrazan al lábaro santo, certifican que ya no era él quien vivía, sino Cristo quien moraba en él. Nos lo delata la dulcedumbre de su rostro, con los ojos entornados como la abeja que liba y gusta. Lo misma idea se repite, más escueta y delgada, en la imagen de Santa María la Mayor de Brozas, obra del riojano Miguel Ángel Sáinz Jiménez.

3.2. Contemplar la Pasión del Señor

Para el discípulo, el Crucificado es espejo donde contemplar «el resplandor de la gloria eterna» (Sb 7, 26). Así lo ha entendido la Santa Iglesia cuando en la solemne liturgia del Viernes Santo muestra la enseña de la Redención diciendo: «Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavado la salvación del mundo».

No extrañe entonces que a los pies de la Iglesia de Roma, los hijos e hijas de San Francisco hayan abrazado y contemplado el árbol de la vida. Lo que hizo a santa Clara de Asís, la menor de las plantas del Padre seráfico, escribir esta recomendación: «... contempla, en el término del espejo, la inefable caridad que le llevó a padecer el suplicio de la cruz y morir en ella con la muerte más ignominiosa» (C14c, 22) Ponerse ante este espejo reclama la imitación de lo que se contempla. Ninguna otra cosa busca fray Pedro al componer las siete meditaciones de la Sagrada Pasión que conforman el capítulo IV de su *Tratado de la oración y meditación*, pues en la introducción general a la contemplación del misterio pascual de Cristo advierte el santo:

«Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandecen [...] para imitar algo de los que en él vemos [...] y así caminemos a él por él. Esta es la mas alta y la más provechosa manera que hay de meditar la pasión de Cristo, que es por vía de imitación, para que por la imitación vengamos a la transformación, y así podamos ya decir con el Apóstol: "Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí"» (Gál 2, 20-21).

3.3. Devoción a la encarnación y a la santa Cruz

Hija de la contemplación en el clarísimo espejo de la Pasión es la devoción que mostró fray Pedro hacia el misterio de la Encarnación y de la santa Cruz, los dos cabos de la forma de vida del siervo, norma de los frailes Menores.

Fray Ángel de Badajoz, autor en 1584 de la primera biografía del santo alcantarino, que se conserva todavía inédita en la Biblioteca Nacional, narra este caso ocurrido en el convento de El Palancar:

«Morando en el convento del Pedroso llamó, un día que quería anochezer, a un frayle que se dize fray Manuel de Christo, y díxole: "Venga, hermano, vámonos a dar a Dios por esta guerta un rato". Y saliendo juntos, como el Sancto vido una Cruz que estava allí sobre un peñasco, dixo al compañero que se fuese por la huerta abaxo, quedándose él allí. Y quando vido que el frayle era traspuesto, hincóse de rodillas hazia la Cruz, abiertos los braços y levantando el rostro a ella. Y bolbiendo el frayle a mirar, vido que sobre la cabeça del Sancto estava una nu /117vº/ ve tan resplandeciente, como suele estar quando el sol se envuelve en ella, y de los ojos le salían unos rayos que yban derechos a la Cruz, tan claros como rayos de sol; y así estuvo por muy largo espacio» (Chronica, cap. XXXIX, fol. 117 rt.º-vt.º).

De la frecuente adoración que fray Pedro tenía a la santa Cruz —motivo hermosamente representado por Ignacio Vergara (1715-1776) en el monasterio de Villarreal, provincia de Castellón— nos da también cuenta Juan del Arco, alcalde ordinario de Casas de Millán y testigo del proceso de beatificación del fraile de Alcántara:

«El dicho padre fray Pedro solía salir a un calvario que está en el convento del Pedroso, donde estava en oración; y por estar en alto, se parece la gente que viene al dicho convento. Y que cuando el dicho padre fray Pedro sentía ir, porque no le viesen, hecho un ovillo y encogido como él estava sentado sobre sus mismas rodillas, de aquella manera, como arrebatado, se entrava dentro del convento por el ayre sin perder la postura que tenías ni poner los pies en el suelo» (Proceso, Plasencia, 1616, fol. 47vt.º).

Bástenos, finalmente, recordar que la devoción del *viacrucis* y las cofradías de la Veracruz, propagadas por la Orden franciscana, custodia los Santos Lugares de nuestra Redención, fueron también un instrumento eficaz de apostolado frecuentado por nuestro santo. El año 1615, en el convento San Antonio de Garrovillas, el joven fray Jerónimo de Sotomayor declaró en el proceso de beatificación que, avistando unas cruces sobre la sierra de Gata y sobrecogido por las dimensiones y emplazamiento de las mismas, oyó responder a los lugareños

«que el padre fray Pedro de Alcántara, de rrodillas, avía subido con aquellas cruces y las avía puesto en aquellas partes donde este testigo las vía, y que no solamente avía puesto aquellas cruces, pero otras

muchas que estaban en algunas sierras de por aquella tierra» (Proceso, Plasencia 1615, fol. 36vt.^o).

3.4. Devoción a la eucaristía, memorial del misterio pascual

La veneración a la Santa Cruz, «dulce árbol donde la vida empieza/ con un peso tan dulce en su corteza», como confiesa la Iglesia en un himno litúrgico del Viernes santo, es inseparable de la celebración «consistente, activa y fructuosa» (cf. *Sacrosanctum Concilium* = SC, núm. 11) del Sacramento que renueva aquellos sagrados misterios. En efecto

«Nuestro Salvador, en la última Cena —enseña el Concilio Vaticano II—, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el que se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera» (SC, núm. 47).

Con cuánto amor y fervor no consideraría fray Pedro los misterios que celebraba, que la estrechísima celda que habitó en su conventino de El Palancar estuvo abierta en el muro de la no menos estrecha Iglesia, para adorar ininterrumpidamente el Santo Sacramento. Adoración y coloquio que salpicaba con inefables gemidos espirituales:

«No se espantaban ya los frayles desto por ser muy ordinario — apunta el P. Badajoz—, y particularmente cuando oya tratar del amor de Dios, o del que su Majestad mostró a los hombres en aquellos dos altísimos misterios: el uno de la Encarnación, en que se hizo hombre por librarnos de la muerte; y el otro, el no menos acabado en que se hizo manjar de nuestras almas en el Sacram[en]to del altar. Qualquiera destas cosas que oyese dezir no le quedavan fuerzas ni lo podía acabar con su espíritu, sino que salía de sí y se quedava en éxtasis por muy largo espacio de tiempo» (Chronica, cap. XXXIV, 101 rt.^o).

De la intensa devoción con que celebraba la Cena de Señor nos ofrece una idea aquello narrado por el citado cronista:

«Quando decía misa era con tan grande sentimiento, tanta abundancia de lágrimas y de espíritu, que afirmavan muchas personas graves y christianas, que ningún sermón oyan que más impresión y fuerza les biciese, que una misa de este sancto» (Chronica, cap. XXXIV, 101 rt.^o).

Los arrobamientos y gemidos eran tan sobrecogedores y frecuentes durante la proclamación del evangelio, la consagración y la comunión eucarísticas, que se multiplican los testimonios en el Proceso de Beatificación. En reconocimiento de la mística experiencia del alcantarino, la Iglesia suplica en la liturgia de su festividad:

«Dios de misericordia, recibe con bondad nuestra ofrenda, por los méritos de San Pedro de Alcántara, que él también te ofreció con manos limpias y corazón puro» (Misal franciscano, oración sobre las ofrendas).

3.5. En la compasión de la Virgen dolorosa

La última nota de la contemplación de los misterios de nuestra Redención tiene acentos marianos y dolorosos. Al llanto, al dolor, a la soledad de la que es Madre de Misericordia, ha dedicado nuestro pueblo sus más nobles sentimientos y la inspiración artística más acabada. Fray Pedro, al que siempre representan con la corona mariana de las Siete Alegrías pendiente de la cuerda que le ciñe el hábito, dedicó a la Madre del Señor buena parte de los conventos fundados por él, incluso escribió una redondilla para la dedicación de la iglesia de la Purísima Concepción de El Palancar; pues fue, como hombre evangélico en la España del Siglo de Oro, espíritu de acendrada piedad mariana.

Sobresale, como garantía de piedad sincera, su propósito de compartir los dolores del Hijo y la Madre; y así lo propone a los ejercitantes de su *Tratado*, haciéndoles poner los ojos en las lágrimas, dolores, soledades, lutos y alegría pascual, de la que fray Pedro siente caminar en busca del Hijo por la vía dolorosa, el calvario, el descendimiento y la sepultura, hasta la mañana de Pascua: «pues es cierto —escribe nuestro fraile— que así como ella fue la que más sintió los dolores de su pasión, así fue la que más gozó de la alegría de su resurrección» (*Tratado*, part. I, cap. 4).

4. PEDRO, RAÍZ Y ANTORCHA

El año 1962, celebrándose el IV centenario de la muerte de San Pedro de Alcántara, Su Santidad Juan XXIII, en carta al ministro general de nuestra Orden, resumía con precisión los dos polos de la espiritualidad alcantarina, ser raíz y antorcha, con las palabras que nos sirven de colofón:

«Por el don de su admirable penitencia y altísima contemplación (Or. Colecta), no sólo renovó los ejemplos de los antiguos anacoretas, sino que también los superó (Bula de canonización). Aunque entregado a este modo de vivir, no dudó, sin embargo, de dedicarse a una vida de apostolado conveniente y laborioso. Entre otras cosas fue un misionero popular excelente, prestó valiosísima ayuda a Santa Teresa en la reforma carmelitana, fue director de almas dotado de una rara prudencia y también escribió aquel áureo libro de doctrina espiritual que tituló Tratado de la oración y meditación» (Carta al ministro general, 1962).

Fray ANTONIO ARÉVALO SÁNCHEZ, OFM
Presidente de la Comisión
del Año Jubilar Alcantarino

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Arcángel Barrado Manzano, OFM, *San Pedro de Alcántara. Estudio documentado y crítico de su vida*, 2.^a edición, Cáceres, Editorial San Antonio, 1995.
- Vida y Escritos de San Pedro de Alcántara*, edición preparada por Rafael Sanz Valdivielso, OFM, Madrid, BAC 570: *Místicos Franciscanos Españoles*, I, 1996.
- AA. VV., *San Pedro de Alcántara, hombre universal*, Actas del Congreso de Guadalupe 1997, Coslada (Madrid) 1998.



Convento de la Purísima Concepción de El Palancar, cerca de Pedroso de Acim, fundado por san Pedro de Alcántara en 1557. La iglesia nueva y el convento actual son del siglo XVIII.



Imagen de san Pedro de Alcántara, que se venera en la iglesia del convento primitivo, obra de E. Pérez Comendador (1959).



Pila bautismal de la parroquia de Santa María de Almocóvar, en Alcántara, donde recibió el bautismo nuestro santo patrono.



Huerta del convento de El Palancar. Fuente y lugar donde oraba san Pedro de Alcántara.

Respuesta santa de un extremeño fuerte

Juan Garavito y Vilela de Sanabría, extremeño alcantarino, nació en un mundo que desde el siglo XIV venía arrastrando una fuerte crisis. En una sociedad en decadencia.

En muchas parcelas de la vida se coló ese estado de cosas que llaman relajación en las formas. Se consideraban superadas y sobrepasadas ideas y comportamientos en diversos aspectos.

Algunos se lanzaron a redescubrir, para imitar y copiar, fórmulas culturales distintas de las vigentes hasta entonces. Lo hacen penetrando en el ámbito greco-latino. Consecuentemente, adentrándose en lo pagano.

Muchas son las causas de aquello y de esto. Las han estudiado historiadores imparciales y equilibrados. También otros que no lo son tanto.

Lo cierto es que profundizaron en modelos y formas griegos y latinos e intentaron imponer sus formas simples y armónicas. Lo pretendieron porque la vida de aquella Europa estaba amenazada desde fuera (Turquía). Veían otros una Iglesia al borde de la desintegración.

Con tales intentos se transgredieron bastantes límites, creyendo que había llegado el momento de dar la voz de alarma para que se salvase el que pudiera.

Sin duda que se atravesaba un momento difícil. Suponía abrir horizontes y colocar indicadores para orientar los caminos que condujeran a lo seguro y a la felicidad.

Correspondió a España un papel importante durante la centuria decimosexta, aunque ya venía de las últimas décadas del siglo XV, de presen-